

Los esfuerzos que hizo Antonio Colon para persuadirlos, yendo hácia ellos y exponiendo su propia vida, fueron inútiles.

Habló á Roldan, y éstese excusó, manifestándole que por su parte no podia obligar á los suyos á que le obedecieran.

Temerosos entonces los capitanes de los buques de que los tripulantes que aun estaban á bordo siguieran el mismo ejemplo, decidieron que Carvajal quedase con los rebeldes, mientras que Arana y Colon iban por mar á Santo Domingo con el resto de los tripulantes que se mantenian fieles.

Así lo hicieron, y no sin gran trabajo, porque encalló uno de los buques en un banco de arena antes de llegar al puerto de Santo Domingo.

Las provisiones se habian averiado.

Carvajal llegó poco despues sin haber logrado que los rebeldes implorasen perdon.

Sin embargo, Roldan le habia ofrecido ir á los alrededores de Santo Domingo en el momento en que supiese la llegada del almirante, para entrar en negociaciones con él.

No bien llegó Cristóbal Colon á la colonia con su hermano, despues de aprobar todos sus actos, se dispuso á seguir en persecucion de los rebeldes.

Carvajal le detuvo.

Por más que sintiera tener que entrar en negociaciones con aquellos miserables, para no malgastar sus fuerzas en estériles luchas accedió á los deseos de Roldan, y le manifestó que estaba dispuesto á oírle.

---

## Capítulo LXXI.

---

Miguel Ballester.

Cuando las esperanzas sonreian al almirante, cuando despues del viaje de exploracion que habia hecho al Golfo de Paria, se habian reanimado sus ilusiones al ver las perlas que habia hallado, y sobre todo al entrar en aquel rico país, el más bello de cuantos hasta entonces habia visitado, tenia que separar su atencion de las nuevas conquistas, de los nuevos elementos de prosperidad y riqueza que podia adquirir, para demostrar en la córte de España cuán infundadas, cuán parciales, cuán malévolas eran las versiones que para desprestigiarle á los ojos de los reyes levantaban sus enemigos; tenia que separar su atencion de aquellos nuevos horizontes, tenia que aplazar el segundo viaje de exploracion que proyectaba hacer al

Golfo de Paria, para perder el tiempo en inútiles y acaso vejatorias negociaciones con los rebeldes.

Era un contratiempo que no podía ménos de disgustar en extremo á un hombre que á costa de tantos sacrificios, y sobreponiéndose á sus enfermedades, procuraba pagar la deuda de gratitud que habia contraído con los soberanos de España, y hacer que las conquistas que proyectaba en el Nuevo Mundo llenasen las arcas del Tesoro é hiciesen envidiables para los demás reyes los triunfos que alcanzaban los que le habian tendido una mano protectora.

La fatalidad habia querido que los elementos, hasta cierto punto sanos, con que hubiera podido contar para pacificar la colonia, es decir, los soldados y los tres capitanes que llevaba á bordo de sus buques, aterrizados por la pintura que los rebeldes les hicieron del porvenir que les aguardaba, y seducidos por las falsas promesas de goces que les hacian, abandonasen su deber y fuesen á engrosar las filas de los descontentos, para aumentar el conflicto y hacer más difícil todo arreglo en aquellas angustiosas circunstancias.

Disponíase, sin embargo, el almirante á salir con los pocos soldados leales que tenia á su lado en persecucion de los rebeldes, y las noticias que le llevó Carvajal le sorprendieron en extremo.

Desgraciadamente no eran las intenciones de Roldán someterse á la autoridad del almirante con tanta facilidad como suponía.

El capitán de la carabela que habia ido á Xaragua

para tratar de convencerle, habia llegado á Santo Domingo con noticias que auguraban su rendicion y la pronta pacificacion de la isla.

Necesitaba, pues, tomar prontas y enérgicas medidas para evitar el conflicto que su imaginacion le pintaba, y haciendo un supremo esfuerzo, consiguió una vez más que el espíritu triunfase de la materia, que el deseo de desempeñar su noble y grandiosa mision amenguase los dolores que sus enfermedades le producian, para poder hacer el sacrificio de abandonar el lecho, de dejar los cuidados que necesitaba y dedicarse á poner pronto término á las disensiones que destruian su obra de tantos años en breve tiempo.

Corrió la voz en la colonia de que el almirante y su hermano abrigaban el propósito de no consentir que ninguno de los colonos partiese para España, porque no les convenia que se supiese allí la conducta tiránica que observaban en la isla, y Roldán les decia que solo uniéndose á él, y venciendo al almirante y á su hermano, podrian apoderarse de las carabelas que habia en el puerto, y salir para España á formular sus quejas á los soberanos y solicitar de ellos la justicia que necesitaban.

Para contrarestar esta version, expidió el almirante una proclama en 12 de Setiembre, ofreciendo dar pasaje y viveres para la expedicion á todos los que quisieran volver á España en cinco buques que estaban prontos á partir.

No sólo se proponía al anunciar esta resolucion desmentir las versiones de sus enemigos, sino debili-

tar sus fuerzas, porque la mayor parte de los seductores anhelaban volver á la metrópoli; irían en su compañía los enfermos y los holgazanes, y librándose de todos aquellos hombres, quedándose únicamente con los que le eran fieles y podían manejar las armas, ó contribuir á los trabajos indispensables para el fomento de la colonia; y de este modo, siendo útiles todos los que permaneciesen á su lado, podría adelantar más, porque no tendría que distraer sus fuerzas del objeto principal de sus deseos para destruir las intrigas y oponerse á las maquinaciones de los que alteraban la paz, de los que con su conducta estaban á todas horas dispuestos á encender la tea de la discordia, y á procurar que su siniestra luz iluminase aquellos campos, en donde debía florecer el ramo de oliva.

Si eran ciertas las intenciones de Roldan, si como le habia anunciado Carvajal, estaba resuelto á someterse al almirante, porque el motivo de su rebelion no habia sido el propósito de desobedecer al que representaba allí la autoridad de los reyes, sino oponerse á medidas que suponía tiránicas y perturbadoras, nada más fácil que una reconciliacion, y por más que sólo sintiese desprecio hácia aquel hombre, que con tan negra ingratitud pagaba los favores que le habia dispensado, prefirió aquella humillacion moral, que podría aparecer como un nuevo acto de debilidad por su parte, á empeñar sus fuerzas en una lucha, cuyas consecuencias no estaba en el caso de poder apreciar, por que ignoraba quiénes eran los leales y quiénes

los traidores, aun entre los mismos que bajo sus banderas simulaban obedecerle y acatarle.

De todos modos no podia desantender á Roldan, y no queriendo entrar en negociaciones directas con él se dirigió al capitán de las tropas que guarnecian el fuerte de la Concepcion, para que llevase á cabo las negociaciones con los rebeldes.

Desempeñaba todavía aquel cargo el honrado y valeroso Miguel Ballester, que tantas pruebas habia dado de energía defendiendo el puesto cuya custodia se le habia confiado, como de lealtad y adhesion hácia la persona del almirante y de su hermano Bartolomé, en quienes reconocia verdadera autoridad.

Miguel Ballester era un veterano que habia nacido, habia crecido y habia visto poblarse su cabeza de plateadas hebras en medio de los azares del combate.

Entusiasta partidario desde el principio de su vida de los derechos de la reina Isabel, habia luchado con los enemigos de esta jóven princesa, y más tarde habia contribuido al esplendor de su corona, realizando las grandiosas empresas que habia acometido su soberana para acabar de arrojar de los dominios de España á los sarracenos, destruyendo por completo la Media Luna y plantando en todas las fortalezas que se habian conquistado en los siglos anteriores el signo de la redencion, que en aquella época animaba á los héroes á la guerra, ofreciéndoles, no sólo la gloria efímera del mundo, sino la gloria eterna de los mártires del cristianismo.

Justo es presentar con todos sus colores la figura de aquel noble caudillo.

Miguel Ballester tenía á la sazón sesenta años.

Todavía no se había encorvado su cuerpo bajo el peso de la edad.

Todavía su musculoso brazo podía blandir el pesado mandoble.

Todavía en los momentos de la lucha se inyectaban sus ojos de sangre, sus venas se abultaban, y el valor que ardía en su pecho reflejaba en su semblante, dando á entender que la juventud no había abandonado su pecho, que no había malgastado los años en la lucha de las pasiones, y que conservaba todo el vigor, todo el esfuerzo para ocupar su puesto con honra, y dar constantes pruebas de su lealtad y su energía.

Sólo una vez se había conmovido su corazón en presencia de una mujer.

Había amado, y su sentimiento había sido correspondido.

Las treguas de la guerra le hicieron entregarse á las delicias del hogar.

Pero su desgraciada suerte quiso que la que participaba de su amor y le adoraba sucumbiese al dar á luz un hijo, fruto de su entrañable afecto.

Había soportado con resignación aquel golpe de la desgracia, que no debía ser el único que le atormentase en la vida.

Quince años después, en flor de su edad, cuando empezaban á sonreírle las ilusiones, murió su hi-

jo, y desde entonces no tuvo más que un afecto, el que profesaba á su reina Isabel.

—Acompaña á Colon,—le dijo su soberana,—obedece, y sé su apoyo en todas las ocasiones que de tí necesite.

Esto bastó para que Miguel Ballester fuese el mejor capitán de cuantos llevó á la colonia el almirante.

Convencido de su fidelidad, antes de partir para España le confió el peligroso puesto donde tantas pruebas había dado de su nobleza, de su adhesión, de su hidalguía.

Aun aquellos mismos hombres desalmados que estaban á su lado y bajo sus órdenes, aun aquellos mismos criminales que habían preferido á las cadenas los trabajos de la conquista y la ocupación de los territorios; aun aquellos mismos seres abyectos que habían perdido todos los sentimientos de honradez, no podían menos de venerarle, porque era justo, porque era valeroso, porque causaba asombro en ellos el denuedo con que blandía la lanza, y el heroísmo con que en los momentos difíciles se disponía á morir antes que dejar ganar un palmo de terreno á sus adversarios.

Ajeno á todas las intrigas, sin más pensamiento que el de obedecer á sus superiores, logró en más de una ocasión contener á los que simpatizaban con los sediciosos, despertar en su pecho gastado la esperanza y la gloria, como un premio, como un galardón, como una felicidad; goces que no podría experimentar